

Quizá mañana



Quizá mañana

R. B. S. Candelas



Ramón Candelas Pérez
Quizá mañana

No se permite la reproducción, distribución o transmisión total o parcial de este libro sin el previo permiso escrito del autor. Todos los derechos reservados.

Inscrito en el Registro de la Propiedad Intelectual. N.º 01/2018/1031.

© Ramón Candelas Pérez, 2018

© De esta edición, Ramón Candelas Pérez, 2021

© De la cubierta, Ramón Candelas Pérez, 2021

Fotografía de portada: Ramón Candelas Pérez.

Modelo de portada: Silvia Callado Candelas.

Primera edición, mayo de 2021

ISBN: 9798731871440

Más información sobre el autor y su obra en:

 www.rbscandelas.es

 @RBS_Candelas

 RBS Candelas

A Bernard, por todo.

Prólogo

Setenta y cuatro años antes



Cualquier mono puede alargar el brazo y coger un plátano, pero solo los seres humanos podemos llegar a las estrellas. Los monos viven, compiten, se reproducen y mueren en los bosques... Y no hay nada más. Los seres humanos escriben, investigan, crean y buscan. Empalmamos genes, dividimos átomos y lanzamos cohetes. Miramos hacia arriba, al núcleo del Big Bang, y ahondamos en los dígitos de pi. Quizá lo más extraordinario es que miramos hacia dentro, armando el puzle de nuestro excepcional y maravilloso cerebro.

Vilayanur S. Ramachandran.
Lo que el cerebro nos dice. 2012.

—Pero... ¿y cuando despierte? Estará sola. No tendrá quien cuide de ella.

El brillo húmedo en los ojos de la madre refleja súplica y desamparo. El padre la estrecha entre sus brazos, y, al expresar la insensata decisión que ha madurado en su mente, siente a la vez miedo y paz interior.

—No temas —dice—. Yo lo haré.

Los penetrantes iris marrones lo miran sin comprender.

—¿Tú?... ¿Cómo?

La desvalidez de su esposa no hace sino acrecentar el amor que siente por ella. Aparta un descuido mechón que cruza la frente empañada. Acaricia los labios resecos, deslustrados. Es como si en diez meses hubiese perdido diez años de lozanía. Pero diez años ganados en humanidad.

La ama, ahora más que nunca.

La necesita más que nunca.

—Hay algo que debo decirte, cariño —dice, y su voz es apenas un hilo—. Pensaba hacerlo cuando Emi... Si ella...



Cae la tarde. Declina la luz. Y mientras las tinieblas se cierran sobre el corazón de unos, otros alegran el espíritu. Hombres y mujeres llenan teatros, cines, bares, restaurantes. Voces y risas animan las calles, en busca de diversión.

La débil respiración se debilita aún más.

Las horas felices se suceden. Luego, como se extingue la llama del hogar para dejar un tibio rescoldo, languidecen los últimos ecos de las risas, de las despedidas, del tráfico rezagado. Un sudario de silencio cae sobre la ciudad.

El debilitado aliento se convierte en ronco estertor.

Con la primera claridad del nuevo día regresan el trino de los pájaros, el petardeo de las furgonetas de reparto, el saludo de los más madrugadores. Tímidamente al principio, sin reservas luego, la ciudad cobra vida.

Cuando el primer rayo de sol ilumina la estancia, el último hálito se extingue. Y con él, la esperanza. Al doloroso amanecer sigue la mañana triste.

Ajena, la jornada se viste de tarde una vez más; la luna nueva, de cuarto creciente; el sol de otoño, de sol invernal. Con los días, las semanas, los meses, las estaciones, se suceden los anhelos, las ilusiones, los nacimientos, las defunciones. Los pequeños milagros y los pequeños dramas de cada día. Las historias individuales, tan irrelevantes en el argumento principal de la tragicomedia humana: una sucesión de marejadas económicas, atentados terroristas e inmigración desesperada; de guerras, pandemias y hambrunas; de desigualdad, soberbia y odio.

Pero también de solidaridad desinteresada, heroísmo cívico y madres coraje; de avances médicos, innovaciones científicas y revolución tecnológica; de búsqueda de la Verdad, más allá del átomo, más allá de la galaxia más remota.

Y así, en esa pugna entre las dos vertientes antagónicas de la naturaleza humana, transcurre, lento e inexorable, el siglo XXI.

Parte I

Renaissance Ranch



Quitaron, pues, la piedra. Entonces Jesús levantó los ojos a lo alto y dijo: «Padre, te doy gracias por haberme escuchado. Ya sabía yo que tú siempre me escuchas; pero lo he dicho por estos que me rodean, para que crean que tú me has enviado».

Dicho esto, gritó con fuerte voz: «¡Lázaro, sal!».

Y salió el muerto, atado de pies y manos con vendas y envuelto el rostro en un sudario. Jesús les dijo: «Desatadlo y dejadle andar».

Evangelio según san Juan.

1

Al principio no hay nada. Ni el éter de los antiguos ni el vacío más absoluto; ni silencio ni luz; ni siquiera oscuridad.

—¿Axilar?

—Treinta y seis cero cero.

—¿Inguinal?

—Treinta y seis cero dos.

—¿Bucal?

—Treinta y seis cero dos.

—Subamos una décima más. ¿Flujo sanguíneo?

—Cuatro coma seis litros por minuto.

—Bien. Súbalo a cuatro coma ocho.

*No hay sueño, ni consciencia ni inconsciencia. No hay vida.
No hay muerte.*

—Temperatura estabilizada a treinta y seis coma uno.

—Suficiente. Pasamos a fase RCP. Ventilación asistida.

—Conectada... Ventilando.

—Démosle un minuto, que se oxigenen bien los pulmones.

¿Vio ayer al Houston Dynamo?

—No me hable... ¡Vaya desastre de partido! ¿Cómo se puede jugar así?

—¡Bah! Tampoco lo hicieron tan mal: meterle cuatro goles al Real Madrid no está al alcance de cualquiera.

—Ya. Pero no sirve de nada si ellos te hacen seis.

—Aun así, todavía podemos pasar a octavos. Bastaría con

hacerle un buen partido al Tokio y con que...

No hay ser.

—Treinta segundos, doctor.

—Está bien. Vamos allá... ¿Desfibrilador?

—Listo.

—Proceda.

—Procediendo.

Bip.

—No hay señal.

—Adrenalina, un miligramo. Otra vez.

—Procediendo.

Bip.

—Nada.

—Adrenalina. Otra vez.

—Procediendo.

Bip.

—Nada. Se diría que no...

Bip.

—¡Espere!

Bip, bip... Bip, bip... Bip, bip...

—¡Lo tenemos! ¡Amiodarona, trescientos miligramos!...

Al principio es solo una partícula de tamaño infinitesimal. Concentra, sin embargo, una cantidad ilimitada de energía. En equilibrio inestable, cualquier acción, por pequeña que sea, bastará para desencadenar efectos de consecuencias incalculables. La eclosión de un universo, la aparición de la vida, la conciencia del ser. Pero tal cosa es improbable que suceda, porque no hay acción alguna.

Porque fuera de la partícula no hay nada.

—Temperatura estable. Pulso estable. Respiración estable.
—¿Escáner cerebral?
—Actividad vegetativa básica. En orden.
—Estupendo. Interrumpimos circulación extracorpórea.
—Interrumpida.
—Desconectamos ventilación asistida.
—Desconectada.
—Pulso estable... Respiración estable...
—Buen trabajo. Hasta aquí, ciencia pura y dura. Ahora nos hace falta algo más: el pequeño milagro de cada día.

—Treinta segundos para fase tres, doctor.

Médico y auxiliar contemplan el cuerpo inerte tendido sobre el revividor autónomo, entre sondas y brazos quirúrgicos robotizados.

Veinte segundos.

Aun acostumbrados a hacer cotidiano lo increíble, llegado el momento aguantarán de forma inconsciente la respiración, y el latido de sus corazones se detendrá un instante.

Diez segundos.

Como si la inmovilidad absoluta fuese la clave para sentir en su propia piel el soplo de vida que, al otro lado de la mampara estanca, va a marcar la diferencia entre la nada y el todo.

—Bien, señor Zorte, es hora de despertar. Espero que no nos defraude. ¿Estimulador neuronal?

—Listo.

—Proceda.

—Procediendo.

O sí. Resulta que hay una fuerza, única en el cosmos, capaz de ejercer tal acción. Imprevisible y caprichosa; voluble, si se quiere, pero indómita: se trata de la voluntad humana. Y cuando esta fuerza se empeña, el equilibrio se viene abajo.

Y la luz se hace.

Una luz blanca, más brillante que todas las estrellas del universo juntas.

—Bienvenido al mundo de los vivos, señor Zorte.

2

—¿Cómo te encuentras, Ismael? Hoy es tu gran día, ¿recuerdas?

El perezoso, agradable tránsito entre el sueño y la consciencia es para Ismael Zorte uno de los mejores momentos del día. Le gusta que Vesper descorra las cortinas para que el tibio sol primaveral entre a raudales en el dormitorio, y que reponga con mimo las florecillas variadas del búcaro que adorna la mesita auxiliar.

Esta mañana, sin embargo, Ismael no está de humor.

—Lo dices porque hoy me ponen de patitas en la calle, ¿no?
—refunfuña.

Sonríe ella, siempre amable sea cual sea la actitud de él, a menudo arisca.

—No seas tonto. Solo te darán el alta clínica, si todo va bien. Y en ese caso comenzarás formalmente una nueva vida; tu segunda vida. Te instalarás en la Residencia de Reanimados, donde permanecerás hasta que estés en condiciones de desenvolverte en sociedad. Vamos, desayuna y vístete. Tenemos tiempo de dar un paseo antes de tu última sesión con el doctor Grossman.

Cumplido el ritual de todos los días —bandeja humeante sobre la mesita, cortinas abiertas de par en par, temperatura tomada con el suave dorso de su mano sobre la frente de él—, Vesper, atractiva, estilizada, jovial, abandona el dormitorio precedida por su aura de eficacia y discreción.

La cuidadora perfecta.



Ismael y Vesper recorren el ondulante sendero que asciende a Windhill. Un paseo de apenas dos kilómetros entre pastos permite alcanzar la base de la turbina eólica que abastece el valle. A él le gusta recostarse en la hierba, la cabeza apoyada en el regazo de ella, y contemplar la hermosa vista. La cuidadora, de abundante cabello oscuro recogido tras la nuca, de cejas livianas sobre ojos topacio, de nariz altiva sobre labios sinuosos, le describe los diferentes edificios y la organización del complejo: un mosaico de pulidos módulos bajos y planos, con fachadas de hormigón gris y refulgente cristal, diseminados sobre el verde declive que se extiende hasta la cinta plateada del río. Este tan grande, el único de triple altura, el hospital; ese otro, el flanqueado por enormes tanques de nitrógeno líquido, el pabellón de criopreservados; aquellos de allá, las residencias de reanimados, de profesores, de estudiantes; aquellos otros, los circulares, las facultades de Neurociencias, Farmacología, Física e Ingeniería Computacional; al fondo, esparcidas como las piezas de un puzzle alrededor del centro comercial, las villas de los trabajadores. Todo discreto, moderno, funcional. Tan solo a lo lejos, junto al río, la nota discordante del pabellón que aloja el superordenador cuántico, con la central transformadora y sus elevadas torres de refrigeración, da un ligero toque industrial a la aséptica estética de Renaissance Ranch.

—¿Por qué te llamaron Vesper?

Evocadora, la femenina mirada se pierde en el horizonte, sin que por ello los dedos suaves dejen de masajear el afeitado cuero cabelludo que descansa en su vientre. Una terapia para que él recobre sensaciones, y también un hábito en estos ratos de esparcimiento.

—Me gusta creer que porque así llamaban los antiguos romanos al planeta Venus, el lucero de la tarde; pero me temo que se debe más bien a un personaje de ficción del siglo pasado. A casi todos nosotros nos ponen nombres de ese tipo. ¿Te dice algo el de

James Bond?

—Claro. Solía ver sus películas en el cine. De eso me acuerdo bien, aunque ahora mismo no sabría decir... Supongo que Vesper era una chica guapa, como tú. —Ismael contempla los intensos ojos azules de su cuidadora personal—. Las chicas Bond siempre lo eran.

Se encoge de hombros ella, indiferente —¿lo es o lo finge?— al halago.

—Supongo.

Transcurre un minuto de silencio antes de que él se decida a plantear lo que tiene en mente.

—Escucha, Vesper. Quiero pedirte un favor.

Ella hace un mohín de fingido disgusto.

—Ya veo. Conque «chica guapa», ¿eh? Adulador.

—No seas tonta —protesta él—. Sabes que eso es verdad.

—Pues tú ya sabes, si vas a pedirme de nuevo que investigue sobre tu mujer y tu hija, que no estoy autorizada. Tu regeneración neuronal sigue unas pautas estrictas, y cualquier alteración emocional no controlada podría tener efectos severos. Ten paciencia; si Grossman te da el alta, será cuestión de un par de días como mucho.

—Hum.

—Vamos, ámate —sonríe ella—. Recuerda que es tu último día como paciente. ¿Hoy tampoco vas a querer poseerme?

El ritmo de sus dedos sobre el cuero cabelludo no ha variado un ápice. La voz cálida, sensual, ha sonado tan cálida y sensual como cuando le pregunta si quiere un té. Incómodo, Ismael desvía la mirada.

—Vesper, por favor...

—Sabes que puedes hacerlo. También estoy para eso.

—Lo sé, y te lo agradezco, de veras; pero no me siento capaz. Todavía no.

—¿Es que no te gusto?

—No es eso, mujer —protesta él; y, como para ratificarse, distrae una de las manos entretenidas en su cuero cabelludo y se la lleva a los labios—. Eres perfecta.

Sobre sus cabezas, las nubes dibujan bellas geometrías difusas. Altas o bajas, apelmazadas o deshilachadas, conducidas por la misma fuerza invisible que hace girar la turbina, se superponen y yuxtaponen en infinitas, impredecibles combinaciones. En la ladera en suave pendiente, algunos caballos pastan indolentes. Sus ocasionales relinchos son, junto con el siseo de la turbina, lo único que rompe la quietud del lugar. Abajo, en el valle, la inmovilidad parece la tónica. Tan solo de vez en cuando, si se mira con detenimiento, puede verse algún vehículo silencioso circulando entre las bocas de los aparcamientos subterráneos.

¿Qué ha cambiado en setenta y cuatro años?

La consciencia de Ismael debe sortear todavía frecuentes lagunas, mientras su cerebro se reconfigura para adaptarse a la demanda sensorial. Su memoria, a menudo imprecisa como el cambiante claroscuro de esas nubes que viajan con destino incierto, busca referencias que no siempre encuentra.

Ávido de sensaciones, Ismael graba el paisaje en sus retinas, como queriendo asegurarse de que permanecerá ahí; y luego, durante un rato, cierra los ojos y se abandona al delicado masaje craneal, a la morbidez del regazo de Vesper, a la tibieza del sol, a la frescura de la brisa.

¿Así que esto era el futuro?

Ismael Zorte aún no sabe qué hará con su nueva vida. De momento disfruta de los elementales placeres que esta le brinda, sin percatarse de que, a ochenta metros de altura sobre su cabeza, el teleobjetivo de una cámara situada bajo la góndola de la turbina apunta en su dirección.

—Eres perfecta, Vesper —insiste, por si queda algún asomo de duda—. Un sueño de mujer.

Porque lo es, se dice, claro que lo es.
O lo sería, si no se tratase de un robot.

3

Suspira Amanda Weston, la directora ejecutiva de Renaissance Life Foundation, al tiempo que, siguiendo un leve gesto de su mano, la vítrea superficie de la mesa de juntas se vuelve opaca allá donde mostraba el dossier *2025-00UE-034-Zorte*.

Al diablo, se dice decepcionada; ahí es adonde parece haberse ido el caso en que tantas expectativas había depositado. Ha de evitar, al menos, que se vuelva contra la corporación.

—¿Estáis seguros de todo eso?... ¿Omar?

Omar Selznik, el director de Oncología, está seguro de lo suyo.

—Por completo, Amanda.

—¿Y tú, Salina?

Salina Kamen, la directora de Reinserción Social, está segura de lo suyo.

—No hay duda. La Caja lo ha confirmado.

Selznik frunce el ceño.

—Hum. ¿Habéis abierto la Caja de Zorte?

—Era imprescindible —se justifica Kamen—. Compréndelo: había que revisar el contenido, por si era necesario suprimir elementos inconvenientes.

—Que los había, supongo.

—Y muy comprometidos.

—Había que hacerlo —zanja Weston—. Y el paciente, ¿no recordará nada?

Esta vez es Jareb Bauer, el director de Neurología, quien responde.

—Le hemos hecho un barrido completo. Hemos suprimido

los recuerdos problemáticos y hemos implantado marcadores. Es imposible estar seguros al cien por cien; pero no, no es probable que en el futuro recuerde algo.

—Mejor así —asiente la directora ejecutiva—. Mejor para él y para nosotros.

Amanda Weston contempla una vez más la bucólica escena que parece flotar sobre la mesa de conferencias. Desde las alturas, lo mismo podrían ser dos enamorados haciéndose confidencias que un paciente abandonado a la terapia de su cuidadora robot.

Un último cabo suelto.

—Ella, la AXO-3... ¿sabe algo?

—En absoluto —responde Bauer—. Se han cumplido de forma estricta los protocolos de información compartimentada.

—Compruébalo otra vez, de todos modos. Ah, parece que se ponen en movimiento. ¿Quién es el neurólogo de Zorte?

—Markus Grossman. Ya está al tanto.

Relativamente aliviada, dentro de su decepción, la directora ejecutiva de Renaissance Life Foundation hace ademán de levantarse de la mesa de conferencias.

—Muy bien. Pues si no hay más casos problemáticos esta mañana...

Ismael Zorte procede, de eso se acuerda bien, de la Península Ibérica, en la Unión Europea. No es mucho, sin embargo, lo que recuerda sobre su historial clínico. Vesper, en cambio, lo conoce al detalle: le ha contado que fue criopreservado en octubre de 2025, a la edad de cuarenta y cinco años, tras fallecer de un cáncer de hígado con metástasis severa. Según el contrato previamente suscrito con la compañía British Cryonics, Ismael fue trasladado a un hospital concertado de Burdeos en cuanto el fin se hizo inminente. Allí, durante los minutos siguientes a la defunción, el cadáver fue tratado con anticoagulantes y antioxidantes, y estabilizado en un tanque de hielo. A continuación se le aplicaron los protocolos de sangrado y lavado del sistema circulatorio, y se inició la perfusión con sustancias preservantes mientras era trasladado a la central de British Cryonics en Crawley, al sur de Londres, en un jet medicalizado de la compañía. Una vez completada la perfusión, el cadáver fue enfriado en nitrógeno líquido. Todo el proceso se realizó con rapidez, eficiencia y profesionalidad. Con el rigor que caracterizaba al, por aquel entonces —antes de ser absorbido por la americana Renaissance Corporation—, líder europeo en animación suspendida.

Vesper también le ha contado que durante los años treinta se desarrollaron terapias genéticas que permitieron la cura progresiva de los cánceres más recalcitrantes; el suyo, entre ellos. Sin embargo, los cuerpos criopreservados a la espera de tales tratamientos tendrían que esperar a que la computación cuántica permitiese crear técnicas que hicieran realidad aquella fantástica

visión que Mary Wollstonecraft Shelley tuviera dos siglos y medio antes: la resurrección del cerebro humano. Y de paso, esa otra, no menos fantástica, de Herbert George Wells: la del viaje al futuro.

Pero antes era necesario resolver el principal problema de la reanimación: la regeneración neuronal. En efecto, a diferencia de los demás tejidos criopreservados, los daños provocados en el cerebro durante el proceso —deterioro previo por falta de oxígeno, efecto tóxico de los preservantes, formación de cristales de hielo durante la congelación— seguían siendo irreversibles. Hasta tres premios Nobel jalonaron, a lo largo de la década de los cincuenta, las complejas investigaciones llevadas a cabo en diversos laboratorios de Norteamérica, Europa y Japón, con el fin de lograr que un cerebro descongelado recuperase sus funciones neurofisiológicas.

A principios de los sesenta, dominada la técnica en animales de laboratorio, varios equipos científicos reclamaron estar listos para dar el gran paso: reiniciar, como si de un mero ordenador personal se tratase, el organismo más complejo jamás creado por la naturaleza. Superar las trabas legales llevaría más tiempo: no sería hasta 2063 cuando Konrad Bessler, un policía de Seattle muerto treinta y cinco años antes por disparo de bala, se convertiría en la primera persona criopreservada devuelta a la vida. En la moderna criatura de Frankenstein. En el nuevo Viajero del Tiempo.

Lo cual, por desgracia, no le sirvió de gran cosa: su cerebro recuperó las funciones sensoriales, motoras y vegetativas, pero se mantuvo inerte en cuanto a gran parte de las cognitivas, como la memoria, la comprensión del lenguaje o la capacidad de reconocer personas y objetos. Cuando Bessler se reencontró con su anciana esposa y con sus hijos era como un bebé de cuarenta y cuatro años al que se hubiera negado la capacidad de aprender. El experimento científico más ambicioso del siglo en curso había revivido

a un ser humano para convertirlo en un vegetal; y el primer Viajero del Tiempo, incapaz de reconocer a los suyos, incapaz de mostrar emociones y empatía, incapaz de relacionarse con nadie, pasaría los siguientes dos años convertido en cobaya humano, hasta que un ictus lo devolvió para siempre al estado del que tan prematuramente había sido recuperado.

Pero el camino estaba abierto. A partir de entonces, la reanimación progresó a gran velocidad de la mano de la ciencia y la tecnología. Se replantearon estrategias y objetivos: no bastaba con reanimar el cerebro; había que recuperar la totalidad de sus funciones. Fue Quantum BioResearch, una compañía especializada en aplicaciones médicas de la computación cuántica, la que perfeccionó a finales de los sesenta una técnica de modelado neuronal desarrollada por la Universidad de California. Entre ambas lograron los primeros grandes éxitos con pacientes proporcionados por Renaissance Corporation, la mayor empresa de animación suspendida del mundo. Poco después, las tres creaban Renaissance Life Foundation, la primera compañía de la historia dedicada a la reanimación de criopreservados.

Nacía la década de los setenta, y con ella, una etapa prodigiosa para la especie humana.



La estancia es inusualmente espaciosa para tratarse de un despacho, aunque su titular sea un respetable neurólogo. Y las paredes forradas de madera, la gruesa alfombra sobre el parquet de roble, los confortables butacones de cuero y el amplio escritorio de teca maciza resultan más propios de una mansión del siglo XX que de un moderno edificio de plástico y cristal.

—Todas las pruebas han resultado satisfactorias, señor Zorte —anuncia Markus Grossman—: los análisis, inmejorables;

los tests cerebrales, también. Es cierto que han quedado algunas secuelas, pero eso entra dentro de lo normal, teniendo en cuenta que fue usted suspendido hace...

El galeno consulta, para refrescarse la memoria, el historial clínico holográfico que flota sobre su escritorio. Ha dado la bienvenida a Ismael con la afabilidad que lo caracteriza. Siempre bien trajeado en su despacho, reserva la bata blanca para las visitas hospitalarias. A pesar de la blancura de su cabello, bigote y barba incluidos, su aspecto general es el de una persona con gran empuje y vitalidad. Diríase un sabio a la antigua usanza con envoltorio de alto ejecutivo de cuentas, que para nada aparenta los noventa y ocho años que, según Vesper, cumplirá en breve. De lo que sí está Ismael seguro —a veces le cuesta distinguirlos de los humanos— es de que no se trata de un robot.

—... hum, setenta y cuatro años, nada menos. En aquella época la práctica de la criopreservación dejaba mucho que desear, sin contar con que la tecnología era bastante primitiva. El suyo es un caso afortunado, teniendo en cuenta que no siempre el proceso completo se realizaba de forma tan impecable. Y lo más importante: optó por la preservación de cuerpo completo; más cara, pero la única que se ha demostrado viable.

Ismael sabe por Vesper que la preservación del cerebro en la cabeza aislada del resto del cuerpo no ha funcionado. No hasta la fecha, al menos. Las complicaciones de injertar la cabeza en un cuerpo donado siguen sin ser resueltas: el soporte vital del cerebro durante el proceso, su conexión con la médula espinal, los rechazos generalizados. Todo eso sin contar con el prohibitivo coste de la cirugía necesaria, que haría económicamente inviable tales operaciones aun en el supuesto de haber sido solucionados los demás problemas.

En cuanto a otras hipotéticas tecnologías que en tiempos del primer Ismael se visionaban como recuperadoras de la mente conservada —la regeneración, mediante técnicas de clonación, de un

nuevo cuerpo a partir de la cabeza; o la transmisión de los datos contenidos en el cerebro a otro de un cuerpo donado, como si de copiar un vulgar disco duro se tratase—, esas, de momento, continúan siendo ciencia ficción.

—Entiendo que a usted, Zorte —continúa Grossman—, le resulten molestas esas pequeñas lagunas de memoria y esa ligera sinestesia, que le hace ver los números de colores. Por desgracia, en su caso no es posible ir más lejos con el modelado neuronal. Otra cosa son los pacientes fallecidos a partir de los años cuarenta, a quienes, con la introducción a gran escala de la computación cuántica, comenzó a practicárseles un minucioso escaneado cerebral. Ello hace posible comparar su actual configuración neuronal con el estado *ante mortem*, y facilita el remodelado hasta el punto de que recuperan la memoria episódica, la que contiene los recuerdos de las vivencias, al noventa y nueve coma nueve por ciento.

El neurólogo quita importancia a lo dicho con un gesto de su mano.

—Ahora bien —prosigue—, la experiencia médica nos permite aventurar que la suya irá recuperando las lagunas con el tiempo. Es algo habitual en pacientes con amnesia postraumática; y qué mayor trauma que... —carraspea, tapándose la boca con el puño—, la muerte misma.

»Pero lo más importante es que su memoria procedimental, la que permite realizar de forma automática tareas previamente aprendidas, como tocar un instrumento o andar en bicicleta, y su memoria semántica, que reúne el conocimiento adquirido a lo largo de la vida sobre objetos, hechos y conceptos, se hallan intactas, por lo que podrá usted llevar una existencia normal. Mírese, Zorte: aunque en su pasaporte diga que nació hace ciento diecinueve años, tiene un cuerpo y una mente de cuarenta y cinco. Es joven, tiene buen aspecto, está sano, es inteligente... No me cabe duda de que su nueva vida le resultará enriquecedora.

Ismael no está seguro de compartir el optimismo del doctor Grossman. Las «lagunas» a que este se refiere le impiden recordar detalles importantes de su vida anterior; en particular, de la más reciente. Y si uno desconoce, además, el mundo en que ha de desenvolverse; si no persigue un fin, porque no le es posible imaginar un fin perseguible, ¿qué sentido tiene lo de «llevar una existencia normal»?

¿Qué sentido tiene haber revivido?

—En resumidas cuentas, Zorte —concluye Grossman—: le doy el alta. Esta misma tarde abandonará el hospital para instalarse en la Residencia de Reanimados. Allí estará más cómodo, ya lo verá. Vesper lo ayudará con el traslado y lo acompañará a una entrevista con Salina Kamen, la directora de Reinserción Social. Ella y su equipo harán que se adapte usted a su nueva vida sin dificultad.

Su nueva vida.

Ismael ya se lo esperaba, claro; pero así, vista tan próxima, la cosa impone. Es un poco como abandonar el nido por primera vez; como dar el salto sin tener la certeza de saber volar.

Da vértigo.

—¿Podré averiguar qué ha sido de mi mujer y mi hija? —inquire, esperanzado.

—Por supuesto. Lo primero que hará la doctora Kamen, una vez se haya instalado usted, será activar el protocolo de apertura de su Caja personal. Estoy seguro, Zorte, de que ahí hallará con qué rellenar muchas de sus lagunas. Y le deseo suerte.

—Gracias, doctor. Yo... no sé qué decir —balbucea Ismael, abrumado—. ¿Qué se le puede decir a quien te ha devuelto a la vida, además de darle las gracias?

—Es mi trabajo —dice la sonrisa más afable del mundo conocido—. No olvide que yo solo soy un miembro del equipo. De un buen equipo, si se me permite decirlo.

El doctor Grossman se levanta, rodea su escritorio y tiende a Ismael una mano tersa, sonrosada.

—Enhorabuena, Zorte; lo ha conseguido.

De noventa y ocho años, pero tersa y sonrosada.

5

Es inevitable que en la reanimación del cerebro criopreservado se produzcan algunos trastornos. El más común es la amnesia, aunque tampoco son infrecuentes la sinestesia, la epilepsia o la afasia. Los revividos necesitan, por tanto, ser sometidos a una terapia reparadora; y en eso Renaissance Life Foundation cuenta con los mejores especialistas y la mejor tecnología.

El quid reside en una característica extraordinaria del cerebro humano: su plasticidad. A finales del siglo XX, los neurólogos llegaron al convencimiento de que eran inexactas las teorías que lo presentaban como un sistema estático de módulos compartimentados para realizar tareas específicas. En realidad, el cerebro es mucho más adaptable que todo eso: los largos años de aprendizaje y adquisición de experiencia durante la infancia y la juventud moldean sus conexiones neuronales, las refuerzan o las debilitan, haciendo que cada individuo sea único. Pero la evolución no acaba ahí: incluso durante la etapa adulta, cuando el ser humano ya es independiente, determinados cambios en una zona concreta del cerebro —debidos a una lesión, por ejemplo— pueden originar —originan, de hecho— modificaciones en otras, dotando a la mente de una extraordinaria capacidad de adaptación y supervivencia.

Y esta plasticidad es, sin duda, uno de los factores clave en que se sustenta, frente al resto de las especies conocidas, la singularidad del cerebro humano; el único organismo conocido que es consciente de sí mismo, que se pregunta de dónde viene tal consciencia, y que ha dedicado lo más fecundo de su existencia a especular sobre su destino.

Dos veces al día desde que fuera revivido, Ismael ha sido tratado en el modelador neuronal. Este consta básicamente de dos instrumentos que, conectados a un ordenador cuántico de última generación, trabajan de forma simultánea: el escáner holográfico de ultraalta resolución registra en tiempo real lo que el paciente sueña o imagina. También traduce el pensamiento a texto, en forma análoga a cómo el cerebro interpreta el lenguaje. De este modo, aplicando al paciente estímulos sensoriales precisos, induciéndole determinados pensamientos clave, y demandándole respuestas conductuales concretas según un protocolo bien definido, es posible identificar las sinapsis problemáticas, que se reflejan como alteraciones de la imagen o el texto.

En paralelo, de forma sistemática, un generador tridimensional de microimpulsos eléctricos actúa sobre dichas sinapsis, reforzando las débiles, debilitando las redundantes, eliminando las defectuosas. Ciertamente que ni siquiera la computación cuántica podría reconfigurar en un tiempo razonable todas las sinapsis del cerebro, pero el escaneado previo permite identificar las dañadas con precisión micrométrica, para así centrarse en su regeneración.

De este modo, la plasticidad del cerebro permite que las neuronas dañadas por los procesos de preservación y reanimación sean puenteadas y reemplazadas por alternativas indemnes; y que, una vez reconfigurados los circuitos cerebrales, la memoria, el pensamiento y las emociones —la mente, en suma— sean restablecidos.



El despacho de la directora de Reinserción Social se parece al del doctor Grossman —escritorio de madera noble incluido— en casi todo, salvo en una característica que denota la diferente

posición jerárquica que sus dueños ocupan en Renaissance: si el otro era amplio, este viene a ser el doble.

—Enhorabuena, Ismael; lo has conseguido. —Salina Kamen se ha puesto, sin duda, de acuerdo con el neurólogo. Con el ligero matiz de que ella tutea a su paciente—. En 2025 tuviste fe en la ciencia, y la ciencia ha recompensado tu fe setenta y cuatro años después. —La doctora hace que los informes virtuales se sucedan ante ella con suaves movimientos de su mirada—. Los resultados físicos, los neurológicos, los psicológicos, todos son satisfactorios. La sinestesia no es un problema; te acostumbrarás enseguida. Queda la cuestión de la amnesia, pero esta solo implica que tu aprendizaje social será un poco más largo. Nosotros te ayudaremos. También te ayudaremos a enfrentarte a tu pasado, y te orientaremos en tus primeras decisiones importantes. Pero bueno —sonríe, y a Ismael su sonrisa le parece, además de amable, atractiva, y se dice que tendrá que preguntar a la sabelotodo de Vesper por su edad—, todo eso será a partir de mañana. Hoy tómatelo con calma para instalarte cómodamente y conocer la Residencia de Reanimados. Tenemos innumerables actividades sociales, culturales y deportivas, a las que podrás apuntarte una vez hayamos establecido tus horarios de rehabilitación.

»Lo primero que voy a hacer es asignarte un instructor personal. Él te servirá como consejero y mentor durante tu estancia en la residencia; también dirigirá tus ejercicios físicos y te instruirá en los usos y costumbres de la sociedad actual, y en los avances científicos, tecnológicos y sociales ocurridos desde 2025. —Un gesto de dedo índice hace que una nueva pantalla virtual flote sobre el escritorio—. Veamos a quién tenemos disponible...

Salina Kamen es humana, sin duda. Pero ¿y el instructor?

—¿Habla de un instructor... robot? —inquire Ismael, suspicaz.

La sonrisa de la directora de Reinserción Social se torna, además de atractiva, condescendiente.

—Por supuesto. Como ya habrás comprobado en el hospital, los androides desempeñan prácticamente todas las tareas auxiliares; y buena parte de las especializadas.

Ismael se lo piensa rápido, señal de que sus neuronas han recuperado el tono: aunque le crea sentimientos contradictorios, estar con Vesper le resulta reconfortante; y puestos a ser tutelado por un robot...

—¿Podría ser mi cuidadora actual? —pregunta—. Tengo con ella un... —Carraspea—. No piense mal; es solo que nos entendemos bien. Ya sé que es una tontería, tratándose de un robot.

La doctora Kamen hace un gesto tranquilizador.

—Lo comprendo muy bien, Ismael. Es natural que sientas cierto apego por ella, puesto que te ha atendido en los primeros pasos de tu nueva vida. Veamos de quién se trata. —La mirada se mueve con soltura, haciendo bailar coloridas fichas holográficas—. Ah, aquí está: AXO-30443, alias Vesper. ¡Vaya!, nada menos que una AXO-3; habilitada para Criopreservación, Reanimación, Neurología I y II... Hum. Se puede pedir a Recursos Robóticos que la habiliten para Reinserción Social; no hay problema en cuanto a eso. Es lo bueno de los androides: aprenden en segundos lo que a los humanos nos llevaría años de estudio y de práctica.

—Ya. Lo mismo valen para un roto que para un descosido —apunta Ismael.

—¿Perdón?

—Disculpe. —Ismael hace un gesto vago—. Es solo... una expresión que me ha venido a la cabeza. Ni siquiera yo la entiendo bien.

—Ah. Bueno, pues como te decía, no veo problema con Vesper desde el punto de vista técnico. Pero los AXO-3 son la última generación de androides. Tenemos pocos, por lo que se reservan para labores de elevada cualificación, más propias de las áreas científicas que de las residencias. Para convertir a Vesper en

tu instructora haría falta un permiso especial.

—¿Puede conseguirse?

La directora de Reinserción Social cierra de un parpadeo todos los hologramas que ocupan el espacio entre ella y su nuevo paciente. Por primera vez la ve Ismael sin el filtro multicolor: una mujer madura de facciones suaves, mirada inteligente y expresión serena. Un conjunto agradable, se dice. Interesante, incluso.

—No es imposible —sonríe ella—. Déjame que lo hable con Dirección.

6

—Buenas tardes.

El encargado robot responde cortés. Como se le supone.

—Buenas tardes. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Vengo en busca de... ejem. —Ismael consulta la nota que lleva consigo—. Me han dicho que encontraría aquí a AXO-30443.

—AXO-30443 —repite el encargado, posando una mano sobre la interfaz del terminal de recepción. Aunque los androides de Renaissance disponen de conexión directa con los bancos de datos, muchos ejecutan, o simulan hacerlo, procedimientos humanos. Rudimentarios, puede, pero tranquilizadores para los revividos no acostumbrados a tratar con máquinas—. Ah, sí. Veo que se está actualizando todavía. Tendrá que esperar unos minutos. Si es tan amable...

Ismael toma asiento en el vestíbulo del Pabellón de Servicio, un edificio que no desmerece de los otros en cuanto a la funcionalidad de sus líneas, a la pureza de sus formas, a la luminosidad y transparencia de sus espacios. Lleva catorce horas sin ver a Vesper, que se ausentó la tarde anterior para su reprogramación, y ya se encuentra desvalido. Esta mañana no le sirvió el desayuno, no le subió la persiana, no depositó florecillas silvestres en el búcaro de su cómoda.

De hecho, ni siquiera hay un búcaro en la cómoda de su nuevo dormitorio. Eso le causa desasosiego. ¡Maldita sea! ¿Cómo se supone que va a vivir en el mundo que hay más allá del valle? Hace ciento diecinueve años que nació. Lo más seguro es que no quede ningún conocido ahí fuera; y si queda alguno, quizá sea

peor, pues no serán capaz de reconocerse mutuamente. Él tenía familia, eso lo recuerda bien dentro de su confusión: una esposa, Sara, y una hija, Emi; pero ¿qué experimenta una persona de cuarenta y cinco años al encontrarse con una esposa centenaria, con una hija octogenaria o con nietos adultos, si es que los hubo, a quienes nunca conoció?

En resumidas cuentas, ¿qué diablos se la ha perdido a él en el año 2099? ¿Para qué se hizo hibernar?, ¿para tener ahora pánico a enfrentarse a su nueva vida?

Mierda.

Incapaz de permanecer quieto, Ismael deambula por un amplio corredor que parte del vestíbulo y al que asoma una larga hilera de asépticos cubículos acristalados, todos ellos dotados de sofisticado equipamiento electrónico. En algunos de ellos, brillantemente iluminados, especialistas humanos y técnicos robot se afanan en el diagnóstico y mantenimiento de otros robots; en el resto, sumidos en una tenue luminiscencia azulada, más robots humanoides, los oídos perforados por sondas conectadas a terminales de ordenador, actualizan sus sistemas operativos, sus programas, sus bancos de memoria o lo que quiera que actualicen los humanoides robot.

Se fija Ismael en la numeración rotulada junto a cada puerta, sin dejar de asombrarse de que su cerebro, aun consciente de que los números son negros, vea cada uno de un color distinto: el uno, verde; el dos, azul; el tres, rojo. Así hasta que en uno de los cubículos de penumbra azulada reconoce al androide —a la ginoide, para ser propios— que reposa sobre una superficie traslúcida: el elegante arco de las cejas sobre los párpados cerrados, el bonito tono caoba de la melena corta, el terso cutis de plastipiel, el sugestivo volumen de los pechos, venido a menos por el decúbito supino. AXO-30443-Vesper parece más serena que nunca. Delatan su condición no humana el tórax inmóvil, sin indicios de una respiración seguramente desconectada, y el ceñido mono blanco

de elastiván, distintivo de los androides sanitarios.

En cierto modo, la envidia: la suya es una vida sencilla. Bueno, lo de «vida» es un decir; existencia, en calidad de objeto, sería más adecuado. Pues bien, sea existencia o vida, ella no tiene más que ejecutar las tareas para las que ha sido habilitada, incluyendo, sin cuestionárselas demasiado, salvo que le creen un conflicto de programación, las órdenes, peticiones o deseos de los humanos con quienes se relaciona.

Aun así, a veces le ha parecido a Ismael que Vesper duda, que titubea antes de responder una pregunta o de hacérsela a él. Claro, que eso podrían ser sutilezas de su sofisticado diseño, pensado para hacerla parecer lo más humana posible. Lo cual incluye que sus ojos se entrecierren bajo la luz solar directa, que sus mejillas de plastipiel se sonrojen —ocurrió la primera vez que dijo «puedes utilizarme a tu antojo»—, o que un nivel bajo de batería haga que se frote el puente de la nariz con las yemas de los dedos, como quien está fatigado.

¿La envidia?

Ismael se rebela contra tan absurdo pensamiento. Una cosa es que tenga amnesia, y otra, que se haya vuelto un chalado. Vesper no es más que una máquina, y no se puede envidiar a una máquina, del mismo modo que no se la puede amar u odiar.

Necesita una copa. De eso sí que tiene una noción clara: de que uno se toma una copa en determinadas circunstancias de tensión mental. O se la tomaba, en sus tiempos. Y no, no es posible que setenta y cuatro años hayan cambiado tanto a la humanidad. Que en el hospital no haya rastro de alcohol, pase; pero ahora que está fuera...

En algún sitio tiene que haber un bar.

Justo cuando Ismael se plantea regresar a la residencia para esperar allí a Vesper, un técnico entra en el cubículo de penumbra azulada, manipula con precisos, calculados gestos la pantalla

holográfica del terminal, y retira las sondas. Luego, con un dedo experimentado, localiza un punto bajo el maxilar derecho de Vesper, ejerce una ligera presión en el mismo y echa un último vistazo a las gráficas flotantes antes de abandonar, satisfecho, el cubículo. Escasos segundos después, la ginoide abre los párpados y se incorpora sobre la superficie traslúcida. Al principio, el movimiento parece mecánico, como si los miembros estuviesen agarrotados. Pero la dinámica de poner los pies en el suelo y levantarse del todo ya es más fluida. Más humanoide.

Cuando la cuidadora robot, ahora reconvertida en instructora personal robot, se percata de que Ismael la observa desde el pasillo, le sonríe. Y a él le parece atisbar un destello de pudor en sus ojos biónicos, como si se hubiese visto sorprendida realizando un acto íntimo.

Una máquina, cierto. Pero...

—Hola, Ismael.



Según Vesper, el pie es, por sus numerosos huesos y articulaciones y por su intrincada musculatura, capaz de mantener el equilibrio de todo el cuerpo, la estructura más difícil de reproducir en un androide. En este sentido, ella duplica la complejidad de los modelos anteriores, por lo que una de las cosas en que más se diferencia de ellos es en el andar, sin duda comparable al del ser humano.

Mientras Ismael cavila sobre ello durante el camino de vuelta a la Residencia de Reanimados, se descubre mirando de reojo el sugerente triángulo de piel sintética que la cremallera del buzo blanco, entreabierto hasta la imaginaria línea horizontal que une los vértices de los pechos de Vesper, deja al descubierto. ¿Son imaginaciones suyas o es la primera vez que ella no la lleva

reglamentariamente subida hasta el cuello? Será, se dice, por la luz primaveral que reverbera en los estanques artificiales del complejo, causante de que él mismo se haya remangado el buzo azul claro de paciente revivido y se haya calado las gafas de sol incluidas en su paquete de bienvenida. Aunque, ahora que lo piensa y hasta donde cree saber, los androides no pasan frío ni calor.

Recorren ambos el sendero de grava que discurre por los jardines situados entre los pabellones: a la derecha, el de administración; a la izquierda, la biblioteca; enfrente, el centro de cálculo y el laboratorio de biotecnología; más allá —uno de fachada multicolor que asemeja un cubo de Rubik desordenado—, la guardería para los hijos del personal. Lo hacen sin prisa, solazándose entre los macizos de adelfas, azaleas y lavanda que colorean los parterres. Se diría una pareja que camina pensativa. La diferencia es que, mientras la mente humana es asaltada por dudas trascendentales, del tipo de si los pechos de una ginoide estarán coronados por rosados pezones, la cibernética va por derroteros de orden más práctico.

—Mañana abriremos tu Caja, Ismael. ¿Estás preparado?

—Sí, para eso sí que estoy preparado.

La confusa lógica de la respuesta desconcierta a la ginoide.

—¿Para eso sí lo estás? Entonces ¿para qué no lo estás?

—No te preocupes —menea la cabeza Ismael—; son cosas mías.

—Ah. Entonces... ¿estás de acuerdo?

—¿En qué? —pregunta él con malicia.

Si hay una prueba definitiva de que Vesper no es de carne y hueso, es que su respuesta no presentará asomo alguno de impaciencia.

—En abrir tu Caja —contesta sin inmutarse.

Sonríe Ismael, y luego deja que su sonrisa se convierta en carcajada.

—Eres maravillosa, Vesper. Me gustas.

Si el raciocinio robótico resulta confundido por el brusco cambio de tema, apenas se nota.

—¿Eso quiere decir que deseas practicar sexo conmigo?

—No es lo mismo —aclara Ismael, sin perder la sonrisa—. Pero quizá mañana, después de abrir la Caja...

—Bien.

Bien. Así, a secas. Ismael hubiese preferido un poco más de entusiasmo.

—Y tú, ¿lo deseas? —pregunta, tras pensarlo brevemente.

—Sabes que estoy a tu disposición.

—Sí, eso ya lo sé, pero... ¿lo deseas?

La expresividad del rostro de Vesper es, por fuerza, limitada en comparación a la humana. Aun así, el bonito azul topacio de los ojos biónicos es capaz de reflejar extrañeza ante tanta insistencia.

—No seas tonto, Ismael. Los androides no deseamos nada.

La soledad no es buena compañía.

Problema: tantas décadas después, de tu pasado no queda nada. Todo lo más, imprevisibles secuelas a las que eres extraño. A muchos les pesa demasiado no poder recuperarlo, hasta el punto de no soportar la nueva realidad. Algunos, incluso, han buscado salida en la muerte definitiva. Ellos no emprendieron tan largo viaje para acabar estrellándose contra un muro de soledad.

En el caso de Ismael, sus lagunas de memoria complican la labor de ahondar en un pasado que, además, presenta un elevado riesgo, casi una certeza, de ser irrecuperable. La terapia psicológica recibida en paralelo a la regeneración neuronal le ha mostrado otra opción: puede renunciar al pasado y mirar sólo hacia adelante. La sociedad actual ofrece increíbles posibilidades: ¿dónde le gustaría vivir?, ¿qué tipo de vida le gustaría llevar?, ¿qué fantasías deseó siempre cumplir? En la actualidad uno puede hacer realidad todo lo que en otra época imaginó. O casi todo.

Hay una pega: Ismael no recuerda qué imaginó en su vida anterior.

—Es tu primera decisión importante —insiste Vesper una vez más—; quizá la más importante que has de tomar en tu nueva vida: si quieres recuperar tus orígenes o si prefieres empezar de cero. No hay prisa; puedes tomarte todo el tiempo que necesites.

Pero él ya lo ha pensado bien.

—Está decidido, Vesper: quiero saber.

Ella asiente, como lo haría si su decisión hubiese sido la contraria.

—Haz tus ejercicios tonificantes —dice—. Vendré a buscarte dentro de una hora.

Exactamente una hora después, la instructora robot se presenta en el coqueto apartamento que Ismael ocupa en la Residencia de Reanimados: espacioso salón con *office* integrado y dormitorio independiente con baño y una agradable terracita orientada al mediodía.

—Prepararé café —dice—. Esperamos visita.

Cinco minutos más tarde, en efecto, llama a la puerta Salina Kamen. La acompañan Stanley Nin, un psicólogo de la residencia con quien Ismael ya se ha entrevistado, y un vigilante de seguridad robot que porta un extraño bulto.

—Es tu Caja personal —explica la doctora a Ismael—. Como directora de la residencia, he de estar presente en todas las aperturas. El doctor Nin, además de observarte, hará de testigo.

A una señal suya, el guarda deposita el bulto sobre la mesa del *office* y coloca ante los ojos de Ismael una pequeña pantalla luminiscente integrada en el dorso de su mano izquierda.

—Mire aquí, señor —dice—; es el recibo.

—Gracias, Winston. Puedes retirarte —dice Salina en cuanto un bip certifica el reconocimiento del iris.

El androide, menos expresivo que Vesper, obedece envarado. Un modelo anticuado, adivina Ismael; o quizá es que su trabajo no requiere mayor sofisticación.

La Caja es un cubo negro totalmente liso, sin juntas, de unos treinta centímetros de lado. Solo una chapa cromada del tamaño de una tarjeta de visita en una de sus caras permite intuir por dónde se abre.

—Lleva setenta y cuatro años sellada y guardada en un almacén de seguridad —sonríe Salina—. Es un modelo antiguo; espero que no dé problemas.

—Sus reacciones son importantes para nosotros, Zorte —

dice el doctor Nin—. Vesper grabará todo el proceso.

—Procedamos, pues —autoriza Salina.

La ginoide presiona con un dedo la chapa metálica, que se levanta movida por algún resorte oculto y deja al descubierto dos discos de vidrio del tamaño de una moneda: uno opalino y otro oscuro, casi negro.

—Célula solar y escáner de huellas digitales —suspira Nin—. Tecnología anticuada.

La instructora robot enciende la lámpara de techo situada sobre la mesa.

—¿Un café mientras se recarga? —ofrece.

Las visitas lo aceptan. Ismael lo rechaza; lleva dos cafés esa mañana, y ya está bastante excitado como para tomar otro. Además, el aroma del café sintético que prepara Vesper no es el que él recuerda. Y eso —según el último escáner, la red neuronal de su sentido del olfato se ha extendido a zonas contiguas infrautilizadas— es algo que recuerda pero que muy bien.

—Ya está —anuncia la ginoide cuando el vidrio opalino, que ha ido ganando luminiscencia durante el proceso, adquiere un intenso tono rojizo—. Grabando.

Ismael coloca el pulgar derecho sobre el escáner. El vidrio opalino se torna verde al instante. Un chasquido metálico y el silbido del aire penetrando en el interior del cubo acompañan a un ligero movimiento hacia arriba de su cara superior.

—Un pasaporte a nombre de Ismael Zorte. Caducado en 2027.

»Un carné de conducir a nombre de Ismael Zorte. Caducado en 2030.

»Varias tarjetas de crédito a nombre de Ismael Zorte: VISA, American Express y Diners Club. Todas caducadas...

Al tiempo que su memoria registra lo que ven sus ojos y lo que dice su voz, Vesper va pasando a Ismael los objetos que saca

de la Caja. Él los alinea ante sí, sobre el pulido tablero blanco de la mesa, sorprendido de que las imágenes que lo miran desde el pasaporte y el carné de conducir se parezcan tanto a él, y de que luzcan unos cuellos de camisa tan ridículos.

Sorprendido de que su pasado esté tan cerca y tan lejos a la vez.

—... Un dispositivo electrónico... No sé —duda Vesper—, no sabría decir qué es.

—Es un teléfono móvil antiguo, con su cargador —dice Salina—. Antes todo el mundo los utilizaba. —La doctora lo coge y acciona el sensor de encendido, pero no ocurre nada—. Descargado, claro.

—Bien, pues un teléfono móvil —resume Vesper, a efectos de registro.

»Otro dispositivo electrónico...

—Se diría que es una memoria de bolsillo —opina Nin—. Muy antigua, desde luego. Habrá que llevarla al laboratorio para que extraigan su contenido.

—Una memoria de bolsillo, pues.

»Una tarjeta... No, un carné de socio del Athletic Club de Bilbao. A nombre de Ismael Zorte...

Socio de un club de fútbol. A Ismael le vienen en mente recuerdos de tardes vividas en un estadio: el frío despiadado de la atmósfera, que congela el aliento de su boca; el calor humano de la multitud circundante, toda ella uniformada con idénticas camisetas listadas; su propia excitación, que le hace cantar himnos y ondear una bufanda bicolor. Por algún motivo que le explicase Grossman y que no entendió bien —algo relacionado con la regeneración neuronal—, ciertos recuerdos se le aparecen en blanco y negro. No es capaz de identificar los colores de su afición.

—... Un título universitario de Licenciado en Medicina y Cirugía.

»Un carné de miembro de un Colegio de Médicos.

»Un álbum de fotos...

Un álbum de fotos. Eso es lo que de verdad importa. Hasta recibir el alta médica, a Ismael no le han dejado enfrentarse a su pasado. La regeneración neurológica es un proceso delicado, le decían; sensible a disrupciones emocionales. Y ahora, presa de una gran curiosidad, pero también del miedo, por fin lo entiende. ¿Está realmente preparado, tal como le asegurase a Vesper? La duda le asalta en el momento decisivo. ¿Y si el pasado resulta un lastre? ¿Y si lo mejor fuese ignorarlo y no volver la vista atrás?

Pero no. Hay una frase, escuchada o leída en algún momento de su vida anterior, que se empeña en salir a flote por entre las lagunas de su memoria: algo así como que para encarar con acierto el futuro, conviene dejar bien cerrado el pasado.

—... y un contrato de animación suspendida con British Cryonics. Eso es todo.

Salina Kamen y Stanley Nin se acercan a la caja y comprueban que no queda nada en su interior.

—Está bien, Vesper —asiente la directora—. Puedes archivarlo en la central de datos.

La ginoide responde con un leve parpadeo.

—Codificando... Enviando... Archivado, doctora Kamen.

—Perfecto —se complace la directora—. Nosotros hemos cumplido, Ismael. Lo demás —añade, señalando el álbum de fotos— es íntimo, supongo. Querrá usted estar a solas.

—Nos vemos mañana en la consulta, Zorte —recuerda Nin—. A las diez y cuarto.

—¿Estás bien? —se interesa Vesper, una vez quedan los dos solos.

Ismael se encoge de hombros.

—No lo sé. No sé cómo estoy, la verdad.

Aunque sí lo sabe: está abrumado. Comprensiva —¿puede un robot ser comprensivo?—, ella posa una mano sobre su

hombro.

—Estaré abajo, en la Sala de Androides. Avísame si me necesitas.

Pero él le coge la mano antes de que la retire. Tersa. Tibia. Al tacto, la piel sintética es imposible de distinguir de la humana.

—Quédate, por favor.



Una vez tuvo esposa. Eso ya lo sabía, pero le costaba recordar su rostro. Era menuda, de pómulos marcados y ojos marrones, hermosos bajo las cejas pobladas. El color de su cabello no sabría decirlo: en unas fotografías aparece castaño, largo por debajo de los hombros; en otras, veteado de mechas rubias en corta melena; en todas, una ancha sonrisa precede su mirada alegre, su semblante satisfecho, su porte airoso.

«Enero de 2007. Con Sara en Val d'Iserre». Ambos aparecen recostados sobre la nieve, la cabeza de ella sobre el regazo de él; ambos con gafas de sol, gorros de lana y chaquetones de audaz colorido.

«Verano de 2008. Castillos del Loire». Sara viste bermudas y camiseta de tirantes, a horcajadas sobre una bicicleta con macutos a los lados. Tras ella, un majestuoso edificio renacentista extiende sus galerías, a caballo de varios arcos de medio punto, sobre un río caudaloso.

«Enlace de Sara e Ismael. 9 de mayo de 2009». Ella va de blanco, con un ramo blanco en la mano; él, de traje oscuro y corbata azul; ambos se cogen del brazo, encogidos bajo una fina lluvia de arroz.

«2009. Comida de Navidad en casa de los Zorte». Sara y él se mezclan con una docena de personas de diversas edades, todos ellos elegantemente vestidos ante una mesa plagada de cristalería

y viandas. Los rostros le resultan confusos. ¿Padres, hermanos, sobrinos?

Una vez tuvo una hija. También le costaba ponerle cara, pero ahora recuerda que nació arrugada, peluda, llorona, y que luego creció vigorosa, alegre, desenfadada. El álbum de fotos no deja lugar a dudas:

«18 de julio de 2010. ¡Por fin llega Emi!». Sara en una cama de hospital, con bata rosa y el bebé en brazos, el agotamiento del parto y la felicidad de madre pintados en el rostro.

«Vacaciones en el valle de Arán. Agosto de 2012». Él, con barba y la pequeña a su espalda, asomando la carita y los rubios rizos por detrás de una mochila; Sara, cogida de su brazo con el pelo revuelto por la brisa.

«Fiesta de carnaval en el colegio. Febrero de 2014». Un escenario lleno de gatitos de largos bigotes y grandes orejas de cartulina, las naricitas pintadas de negro; el gatito Emi, saludando pizpireto a la cámara.

«Puente del Pilar en Sevilla. 2017». Los tres miran a la cámara desde el otro extremo de un palo de selfi, montados en lo que parece un coche de caballos descubierto; tras ellos, una inmensa construcción de piedra flanqueada por una elevada torre de planta cuadrada.

—¿Recuerdas algo? —se interesa Vesper.

Recuerda algo, sí. Retazos inconexos, destellos en blanco y gris dentro de una nebulosa oscura. Recuerda los lugares, pero no las circunstancias; o recuerda las circunstancias, pero no los lugares.

Pero sí comprende que todas esas fotografías, Sara, el Val d'Isere, la boda, Emi, el carnaval, Sevilla..., todas se resumen en una única idea: una vez amó como esposo y como padre, y fue correspondido.

Una gota cae sobre la cubierta plastificada del álbum. Ismael la enjuga con la yema del índice y se la lleva a los labios. Está salada.

Una vez fue feliz.

—No lo entiendo, Vesper. ¿Por qué estoy vivo? ¿Por qué alguien que lleva una vida feliz con los suyos querría revivir en un futuro al que será ajeno? ¿Por qué enfrentarse solo a una vida incierta, cuando la anterior ha sido plena? No le veo sentido.

La ginoide encoge los hombros, un gesto que tiene bien aprendido.

—Los humanos hacéis muchas cosas que no tienen sentido. Es una peculiaridad de vuestra inestabilidad emocional.

—¡Pero esto es un disparate! —protesta él—. Suponiendo que Sara tuviese mi misma edad, ahora rondaría los... No, ¡qué tontería! Estaría muerta. Con casi ciento veinte años no se puede... Espera. ¿Se puede, Vesper? Me dijiste que Markus Grossman se acerca a los cien años.

—Noventa y siete años, once meses y cinco días.

—¡Pero si apenas aparenta ser mayor que yo, salvo porque tiene el pelo blanco! Y la doctora Kamen, ¿cuántos tiene?

—No dispongo del dato exacto, pero un análisis estadístico basado en sus rasgos faciales me permite situar su edad entre ochenta y ochenta y cinco años.

Ochenta y cinco años. Ismael se lleva las manos a la cabeza, confuso: el aspecto de Salina Kamen no desmerece mucho del de la Sara de las últimas fotos.

—¡No puede ser! —se rebela—. Tienes que estar equivocada.

Si Vesper fuese humana, la incredulidad de él podría sembrar la duda en ella o afectar a su orgullo, debilidades ambas de las que carece.

—No digo que no —dice en cambio, objetiva—: mi análisis

solo presenta un noventa y nueve por ciento de confiabilidad.

—¿Pero cómo es posible?... ¡Si parece estar en la cincuenta!

—No sé de qué te asombras —sonríe ella—. Al fin y al cabo, tú tienes ciento diecinueve años y *solo* aparentas cuarenta y cinco.

Ismael eleva la mirada al cielo.

—¡Vaya por Dios! ¿El sarcasmo viene instalado de serie en los AXO o es opcional?

—No te enfades. La tuya es una reacción bastante común entre los revividos —explica Vesper, paciente—; en especial entre los que fuisteis criopreservados antes de los años cincuenta. En esa época se hicieron notables progresos sobre el envejecimiento. Ten en cuenta que...

—Espera, espera —la interrumpe él, impaciente—; no me des ahora una lección de Historia de la Medicina. ¿Qué probabilidades hay, según tú, de que Sara siga viva?

—En los Estados Unidos de América tendría un veintiuno por ciento de probabilidades —responde ella sin dudar un instante—. En Europa no sé; no dispongo de estadísticas, pero es razonable suponer que serán parecidas.

¡Veintiuno por ciento! ¡Ciento diecinueve años! Ismael no sale de su asombro. Pero entonces, un cálculo rápido...

—¿Y qué pasa con la niña?, ¿con Emi? —inquiére, excitado—. Según el álbum, debería tener ochenta y nueve años. ¿Quieres decir que podría tener el mismo aspecto que la doctora Kamen?

—Podría. Algo mayor, quizá. Pero el aspecto físico depende de tantos factores...

De repente todo cobra sentido para Ismael. ¿Qué importa la edad, si puede reencontrarse con su hija? Se levanta de la silla, deambula por la sala, pierde su mirada a través del ventanal, más allá de los cuidados jardines del complejo. Regresa.

—He de encontrarla, Vesper. —Golpea con los dos puños en la mesa—. ¿Lo entiendes? ¡Es mi hija!

La instructora robot posa una mano amistosa sobre su hombro. Sus bonitos ojos azul biónico le dedican una mirada serena. Acostumbrados, diríase, a la vehemencia humana.

—Claro que lo entiendo, Ismael.

8

—He dejado para el final el más importante: Ismael Zorte.

A un gesto de Salina Kamen, la mesa de juntas muestra el dossier correspondiente ante cada miembro del Consejo de Dirección.

—¿Qué tal su paso a Reinserción Social? —se interesa Amanda Weston.

—Sin problemas —responde Salina—. Ha sido un acierto dejar que siguiera con su cuidadora de Neurología, aunque suponga infrutilizar una AXO-3. La apertura de su caja se realizó sin novedad, aunque no saber qué ha sido de su mujer y su hija le ha creado cierta angustia. Lo bueno es que no recuerda nada que nos comprometa, lo que corrobora la predicción de Jareb.

—De momento —advierte el director de Neurología.

—De momento, sí. Por lo demás, hace abundante ejercicio, acude a terapia síquica, a seminarios de Historia, de Humanidades y de Tecnología. Todo normal, salvo que se relaciona poco con el resto de los pacientes. —Salina acciona el holograma central, que muestra, en tiempo real, a Ismael y a Vesper jugando al ajedrez en un salón de la residencia—. Como veis, prefiere pasar el tiempo con su instructora personal. Sin sexo, hasta la fecha.

—¿Neurobloqueo de la libido? —inquire Amanda.

Jareb Bauer niega con la cabeza.

—Ya fue comprobado. Se trata de inhibición cultural, más bien. A los de su época les cuesta hacerse a la idea, ya sabe.

Sonríe la directora ejecutiva de Renaissance Life Foundation. Sabe bien lo que les ocurre a los revividos más antiguos con las máquinas, hasta que las prueban.

—¿Crees que optará por quedarse con nosotros, Salina?

—Lo dudo. Ha manifestado su intención de viajar a Europa para buscar a su mujer y a su hija.

—Hum. —Pensativa, la directora ejecutiva tamborilea con los dedos sobre el luminoso dossier—. Hay que evitar a toda costa que averigüe la verdad. ¿De qué plazo disponemos?

—Bah, tenemos tiempo de sobra. Por lo menos hasta fin de mes no estará listo el papeleo para que pueda viajar. Y si hiciese falta, podría haber un *retrazo* con el implante de su neurotransmisor.

—Bien. Enviaré su expediente a nuestra oficina de Bruselas. Se ocuparán de que Zorte no pueda encontrar nada que resulte inconveniente.

Amanda asiente, satisfecha, y luego dirige la mirada a Sam Higgins.

—En cuanto a Vesper, la ginoide, quiero un *backup* suyo permanente en tiempo real, y un resumen ejecutivo diario en mi buzón. ¿Puedes hacer que Jerry se ocupe, Sam?

—No hay problema —responde el director de Inteligencia Artificial—. A partir de mañana lo tendrás.

Continúa.

Libro completo disponible [aquí](#).